

*sean no que para devorarlos o favoritos hijos los a Enterrar ultrajados, es tradición animal, aunque no siempre humana.*

Cuando se murieron los cachorros de la gata que tenemos en la casa, mi esposa me ordenó que los llevara a enterrar antes de que se le antojara comérselos a la gata, como había hecho hace cuatro meses con su primer cría.

Uno de los diminutos orejudos animales había sobrevivido para quedar de compañía de la gata. Los demás terminaron en un pequeño cementerio clandestino que me ingenié del otro lado de la calle en un terreno baldío. Era un cachorro gracioso, tenía todo el pelo color crema y era bastante delgado. Mi esposa trataba de consentirlo sin percatarse aún del riesgo que corría nuestro bebé por aquél microbio o bacteria o virus o no sé qué diablos llevan los gatos y es contagioso especialmente con los recién nacidos. Pero mi esposa era amante de los gatos, siempre los tuvo en su casa, cuando éramos novios los prefería más que a mí, ahora eso no había cambiado demasiado. Nuestro bebé tenía unos días más de edad que el cachorro de la gata, por decirlo así, eran casi compadres de nacimiento. Yo procuraba mantener a los animales lejos del niño, siempre tenía cerrada la puerta del cuarto del bebé. Y trataba de que no entraran en la cocina y preferiblemente se mantuvieran en el patio. Mi esposa era un caso, los dejaba entrar cuando llegaba, les daba tremendos arrumacos que parecían sus hijitos. La gata era enorme, tenía suficiente tamaño como para vencer a un perro mediano.

A las dos semanas de que había enterrado a los cachorros, el cremita que había sobrevivido también se murió inexplicablemente.

-Tendrás que llevártelo, sin que se de cuenta la gata, entiendes...

Me dijo mi esposa, mientras se peinaba, me miraba desde el otro lado de la cama, mientras además vigilaba que el bebé no se despertara.

-Claro, lo haré mañana, tu no te preocupes por eso. Lo llevaré con sus hermanitos.

El gato estaba rodeado pro las patas de la gata, quien lo lamía lentamente, recorriendo toda la frente inmóvil del animalito. Para lograr distraerla le ofrecí un trozo de carne cruda. Inmediatamente dejó su lugar de descanso y me siguió hasta el patio donde le di la carne y le cerré la puerta para que no entrara.

Llevé unos periódicos viejos y envolví al cachorro en ellos. Luego lo metí en una bolsa y salí a enterrarlo del otro lado de la calle al lugar donde estaban sus hermanitos. Mi esposa, quien se encariñaba rápido con sus mascotas (conmigo fue casi lo mismo), prefirió salir a visitar a su madre, encargándome que no despertara al niño a quien había dejado en la cuna.

Cuando regresé a la casa noté que la corriente eléctrica se había ido. Entonces decidí ir por unas baterías a la tienda para ponérselas a un a lámpara de día que tenia especialmente para estas ocasiones. Se me había olvidado totalmente que dejaba al niño, pero fue simplemente por que sabía que no tardaría más de cinco minutos en ir a la tienda. Desgraciadamente me tardé más por que en el tienda más cercana no atendían por que “no había luz”, y la siguiente quedaba a tres cuadras de distancia. Y en la segunda, el tiendero se tardó diez minutos en encontrar las benditas baterías para la lámpara. cuando regresé noté que todavía no regresaba la luz.

Después de colocarle las baterías a la lámpara, la encendí y me dediqué a leer el periódico del día. No había nada interesante si no es por unas notas económicas que me llamaran la atención simplemente por que se demostraba el efecto discriminante que sufría Latinoamérica antes las nuevas políticas globales de la economía capitalista.

Todo ese estudio me resultó tan interesante y constructivo, financieramente hablando, claro, que olvidé que mi esposa había dicho que llamaría hace media hora. Seguramente se le olvidó como a mí. Siempre le sucede cuando visita a su madre.

Todas las calles más transitadas se hallaban en un caos terrible debido al apagón de la energía eléctrica. Los embotellamientos se formaban en cada esquina, todos peleaban por pasar de primero, y algunos en forma imprudente causaban accidentes que aumentaban la desesperación vial de todas las personas que regresaban de sus vacaciones de verano. Ella estaba entre esas personas, era una de las personas que no podían avanzar o retroceder mientras los policías de tránsito dejaban de molestarlos por perseguir productos de consumo perecedero y se interesaban por el problema de la anarquía insoportable de los pilotos.

Escuché que la gata rascaba la puerta. Pensé que quería entrar a la casa a buscar a su cachorro. Me levanté para verla, pero me sorprendí al darme cuenta que si era cierto que rascaba la puerta pero lo hacía para que la abriera por que quería salir. No recuerdo realmente si cerré la puerta cuando salí a la tienda, pero que no existía otra explicación para que se entrara la gata a la casa. Le abrí la puerta y salió corriendo. Cerré de nuevo y todas las habitaciones se iluminaron. Había regresado la luz.

Entró mi esposa, algo molesta, contando que había intentado llamarme pero como se había ido la luz, el teléfono de la casa de su madre, se había muerto. Entonces mejor se regresó, pero había tal embotellamiento en el centro de la ciudad que tuvo que esperar dos horas para que salieran de ese caos.

Cuando mi esposa me preguntó por el bebé le dije que estaba de lo mejor.

-Es lo más divino que podías haber dado a la vida, mi amor. Fíjate que desde que te fuiste no ha hecho ruido, ni se ha quejado, ni nada. Es un ángel.

-Vamos a verlo.

Se dirigió a la habitación y levantó el vaso celeste que tenía encima la cuna para protegerlo de cualquier insecto que se podría colar. Y gritó. Volteé inmediatamente hacia la habitación y cuando iba para ahí, ella salía corriendo con una expresión de terror que me congeló totalmente.

-No está... -gritaba desesperadamente- ¡No está!

-Cómo de que no está -revisé la cuna, era vierto, no estaba-.

Mi esposa como loca buscaba por todos los rincones de la casa. Yo no entendía la situación. No captaba en qué momento habría sucedido esta desgracia.

Cuando mi esposa salió a ver al patio, como un golpe fuerte recordé que no había puesto al bebé en la cuna, como me lo había pedido mi esposa, sino que me dirigí directamente al patio con el trozo de carne para distraer a la gata y enterrar al cachorro. Por eso era que la cuna estaba intacta cuando ella la revisó. Después fue cuando la energía eléctrica falló y salí por las baterías.

Sentado sobre la cama trataba maquinalmente de encajar todo el endemoniado crucigrama que era la desaparición de mi hijo. Podía haber entrado algún ladrón y lo secuestró, tal vez por eso la puerta que daba al patio estaba abierta cuando regresé de la tienda. Seguramente nos llamarían para pedirnos rescate. Pero yo no tengo dinero para pagar esos rescates de millones que piden los secuestradores, entonces qué haría cuando me llamaran. No lo sé.

Vi entonces detrás de la puerta de la habitación el pedazo de carne cruda que le había dado a la gata allá en el patio. Lo recogí y noté que había una leve, pero muy leve huella seca de las patas mojadas en su momento de la gata, venían desde el patio y terminaban en la cama. Arriba en las sábanas había también manchas de sus patas. Por el otro lado de la cama, del lado donde duermo había una macha corinto que se arrastraba un par de centímetros, a simple vista desde el lado donde duerme mi esposa

era indistinguible. Un maldito sentimiento de temor corrió por mis venas. Directamente fui en busca de la gata. Mi esposa me vio pasar a su lado sin responderle una pregunta que me hacía, pregunta que realmente no recuerdo escuchar, ni siquiera recuerdo verla cuando buscaba a la gata. La encontré en el patio, tenía los cadáveres de sus cachorros alrededor de ella, y los lamía limpiándoles la tierra que tenían, cuidaba especialmente del más joven, el cachorro cremita que recién había enterrado hace un par de horas.

Cuando vi esto, no dudé ni un segundo para cruzar la calle y encontrar a mi bebé revolcándose en el agujero donde tenía enterrado a los cachorros de la gata. Mi bebé luchaba por mantenerse boca arriba. Lo tomé entre mis brazos y nunca más dejé que entrara la gata de nuevo a la casa. Mi esposa me culpó a mi y yo mande al demonio nuestra relación de pareja, junto con su gatofilia.